

Anáhuac. El número de las víctimas inmoladas en sus execrables altares, excede al que pueda admitir la fé del lector menos escrupuloso. Casi ningun autor lo computa en menos de veinte mil cada año, y aun hay alguno que lo hace subir hasta cincuenta mil.¹

En las grandes festividades, como la coronacion de un rey ó la consagracion de un templo, era aun mas considerable. Cuando se dedicó el gran templo de México á Huitzilopochtli en 1486, se trajeron de todas partes á la capital á los prisioneros que durante muchos años habian sido guardados para ese intento. Se les formó en filas, en el órden de una procesion que ocupaba dos millas. Se emplearon varios

sabe cualquiera estudiante de colegio. En Roma eran tan comunes, que se necesitó una prohibicion expresa, menos de cien años antes de J. C., cuya prohibicion es dignamente alabada por Plinio. (Historia Natural, lib. 30, secc. 3 y 4.) No obstante, se encuentran las huellas de esta costumbre en tiempos mucho mas posteriores. Véase entre otros á Horacio, Epod. in Canidiam.

¹ Clavijero, op. cit., t. 2º, pág. 49.

El obispo Zumárraga, en una carta escrita pocos años despues de la conquista, afirma que subian á 20,000 las víctimas sacrificadas anualmente. Torquemada las convierte en 20,000 infantes (op. cit., lib. 7, cap. 21.) Herrera, siguiendo á Acosta, dice que 20,000 víctimas en un dia determinado del año, en todo el reino. (Op. cit., dec. 2, lib. 2, cap. 16.) Clavijero, mas cauto, supone que este número seria el de las víctimas sacrificadas en todo el año (ubi supra.) Las Casas, contradiciendo á Sepúlveda, que afirma que nadie que habia visitado aquellas regiones hacia subir á menos de 20,000 el número de las víctimas inmoladas anualmente; dice que ese es el cómputo de los malvados, que en esto piensan encontrar la apologia de sus atrocidades; pero que el verdadero número no pasaba de 500 (Obras, ed. de Llorente, Paris, 1822, t. 1º, págs. 385 y 386.) Pro-

dias en la ceremonia, y segun se refiere, perecieron setenta mil víctimas en las aras de la terrible deidad. ¿Pero quién puede creer que un número tan enorme de cautivos se haya dejado conducir sin resistencia á la matanza? ¿O cómo es posible que la corrupcion de tantos cadáveres que no se podian consumir de la manera ordinaria, no haya producido una peste? Sin embargo, el suceso es de fecha muy reciente, y atestiguado por los historiadores mas dignos de fé.¹ Lo cierto es, que siendo costumbre conservar en edificios á propósito los cráneos de los prisioneros sacrificados, los compañeros de Cortés han llegado á contar en uno de aquellos edificios ¡ciento treinta y seis mil cráneos!² Así, pues, aunque no sea posible formar un cálculo exacto, sí se puede

bablemente en este caso, como en otros, la aritmética del buen obispo provenia mas bien del corazon que de la cabeza. Con datos tan vagos y contradictorios, es claro que ninguna de las cifras anteriores merece mas que el nombre de conjetura, pero no el de cálculo.

¹ Voy á explicarme. Torquemada fija este número con mas exactitud en 72,344, op. cit., lib. 2, cap. 63. Ixtlilxochitl, con igual exactitud, en 80,400. (Hist. Chich., M. S.) ¿Quién sabe? dice; pero añade que los cautivos matados en la capital durante el curso de este año memorable, excedian de 100,000. (Loco cit.) Todo esto prueba claramente, que, á lo menos cuando no eran testigos de vista todo era la aritmética para los antiguos historiadores menos una ciencia exacta. El código Tel. Remensio, escrito cincuenta años despues de la conquista, reduce á 20,000 la suma de los cautivos que perecieron. (Antig. de México, vol. 1º, lám. 19; vol. VI, pág. 141, nota en inglés.) Y aun esta suma parece poco creible al intérprete español, queu llama á Ahuizotl ¡hombre de benigna y templada condicion! Ibid. vol. 5, pág. 49.

² Gomara da este número, fundado en la autoridad de dos solda-

asegurar que se sacrificaban anualmente millares de víctimas en los sangrientos altares de los dioses mexicanos.¹

Sucedía, por lo tanto, que el gran objeto de la guerra era extender el imperio y conseguir víctimas para los sacrificios: ningún enemigo era, pues, muerto en la batalla, si era posible cogerle vivo, á cuya circunstancia debieron repetidas veces su salvación los españoles.

Cuando preguntaron al emperador Moteuczoma por qué permitía que se mantuviese independiente á las puertas de su imperio la república de Tlaxcala? respondió: "que para que suministrase víctimas á sus dioses." Cuando comenzó á no haber el abasto suficiente, los sacerdotes (los dominicos del Nuevo Mundo) pusieron el grito en el cielo, y amenazaron á su supersticioso monarca con la ira celestial. A la manera de los eclesiásticos militantes de la Edad Media, se les veía mezclarse entre las filas de los combatientes, y distinguirse de ellos por su horrible aspecto y sus frenéticos gritos. ¡Cosa extraordinaria

los, cuyos nombres trae, que se tomaron el trabajo de contar los horribles cráneos de uno de estos horarios, donde estaban dispuestos de la manera más acomodada para producir un efecto horroroso. La existencia de estos conservatorios está atestiguada por todos los escritores de la época.

1. El conquistador anónimo asegura como un hecho indisputable que el demonio se introducía en los ídolos y persuadía á los necios sacerdotes que su único alimento eran los corazones humanos: así es como se explica satisfactoriamente, según él, la frecuencia de los sacrificios. *Relac. de un gentil hom. en Ramusio, t. 3º, fol. 307.*

que en todas partes se hayan encubierto con el sagrado nombre de la religión las más diabólicas pasiones del corazón humano!¹

La influencia que estos actos han ejercido en el carácter de los aztecas, fué tan desastrosa como era de esperar. El hábito de presenciar escenas de sangre encalleció su corazón, é hizo nacer en él ese gusto por la carnicería, que excitó en los romanos el espectáculo bárbaro del circo. La asistencia frecuente del pueblo á las ceremonias de la religión, hizo que este se mezclase hasta en sus más íntimos asuntos, y extendió las tinieblas de la superstición aun al hogar doméstico, hasta que por último la nación tomó ese aspecto grave y aun melancólico que han heredado sus descendientes modernos. El influjo del clero era ilimitado: el soberano mismo se consideraba honrado con que se le permitiese tomar

1. Los sacerdotes de Tezcuco intentaron calorosamente persuadir al buen rey Netzahualcoyotl con motivo de una peste, á que apaciguase á los dioses, sacrificando en vez de enemigos á algunos de sus súbditos, alegando por razón, no solo que era más fácil conseguir las víctimas, sino que serían más frescas y más aceptas á los dioses. *Ixtlilxochitl, Hist. Chich., M. S., cap. 47.* Este mismo escritor menciona el cruel convenio hecho entre los monarcas aliados y la república de Tlaxcala y sus Estados confederados: había señalado un campo de batalla para que combatiesen en períodos determinados las tropas de las naciones hostiles, con el objeto de proporcionarse víctimas: el que alcanzaba la victoria no podía, aprovechándose de ella, invadir el territorio de su enemigo, y quedaba con él en perfectísima paz bajo todos los demás respectos. El historiador que sigue las huellas del cronista tezcucano, puede excusarse, como Ariosto, diciendo:

«Mettendolo Turpin, lo metto enchi'o.»

parte en el servicio del templo: bien lejos de reducir la autoridad del sacerdocio á los asuntos meramente espirituales, se sujetaba á su opinion hasta en las materias en que eran mas incompetentes para darla: por haberse resistido ellos, no se sujetó la capital en tiempo de la conquista á una capitulacion que la habria salvado de espantosos horrores. La nacion entera, desde el infeliz pechero hasta el augusto soberano, dobló la cerviz á la tiranía de peor linaje, á la del ciego fanatismo.

Quando se recuerdan los usos repugnantes que hemos dado á conocer en las páginas anteriores, se experimenta gran dificultad en creerlos compatibles con ninguna forma regular de gobierno, y en atribuirlos á un pueblo adelantado en civilización: sin embargo, los mexicanos tienen justos títulos á ese renombre. Quizá se comprenderá mas fácilmente esta aparente anomalía, reflexionando cuál era la condicion de algunas de las mas cultas naciones de Europa, poco despues de establecida la inquisicion en la centuria décimasexta: ese tribunal ha destruido cada año millares de víctimas, dándoles una muerte mas dolorosa que la de los sacrificadores de los aztecas: él armaba el brazo del hermano contra el hermano, y sellando los labios con una mordaza abrasada, opuso á los adelantamientos del espíritu el dique mas poderoso que ha inventado la astucia de los hombres.

Los sacrificios humanos, por crueles que fuesen, nada tenian de degradante para las víctimas; parece que por el contrario, las ennoblecian consagrándolas á los dioses: prueba de ello que á pesar de ser tan horribles, se les buscaba algunas veces como la muerte mas gloriosa y que conducia directamente al Paraíso.¹ Pero la inquisicion cargaba á sus víctimas de infamia en esta vida, y las condenaba á eterna perdicion en la futura.

Un solo rasgo de la supersticion azteca basta, sin embargo, para hacerla mas despreciable que la cristiana, el canibalismo, bien que los mexicanos no fuesen caníbales en la rigurosa acepcion de la palabra: no comian carne humana por satisfacer un apetito brutal, sino por obedecer los preceptos de la religion: en sus banquetes eran servidos como manjares víctimas cuya sangre habia humeado de antemano en las aras de los dioses; esta es diferencia muy digna de notarse.² Pero el antropofagismo, cualquiera que sea su forma, cualquiera la autoridad en que se apoya, ejerce una influencia funesta en la nacion

1 Relatione d'un gentil' huomo ap. Ramusio, vol. 3º, fol. 307.

Tal fué entre otros Chimalpopocatl, tercer rey mexicano, quien se condenó á sí mismo y condenó á sus primeros nobles á esta muerte, para borrar la afrenta de una ofensa que le habia inferido un hermano suyo, tambien monarca. (Torquemada, loc. cit., lib. 2, cap. 28.) Este era el pundonor de los aztecas.

2 Seguramente esto es lo que quiere dar á entender Voltaire, cuando dice: «no eran antropófagos como un cortísimo número de hordas americanas.» (Ensayo sobre las costumbres, cap. 147.)

que lo profesa; él inspira ideas tan execrables, tan degradantes del hombre, tan ajenas de su naturaleza moral é inmortal, que es imposible que el pueblo que lo practique tenga grandes adelantos en la cultura moral é intelectual: los mexicanos no son una excepción á esta regla; el saber que poseían lo habían heredado de los toltecas, pueblo que jamás manchó sus altares ni mucho menos sus festines, con la sangre de los hombres.¹ Cuanto entre los mexicanos merecía el nombre de ciencia, procedía de aquel origen: las ruinas desmoronadas de algunos edificios que se atribuyen á los toltecas, prueban inconcusamente la superioridad de su arquitectura sobre la de las últimas razas de Anáhuac: los mexicanos, es cierto, hicieron grandes adelantos en muchas de las artes mecánicas, en aquella cultura, si se puede decir así, meramente material, resultado necesario de una opulencia creciente y destinada al regalo de los sentidos; mas en los conocimientos abstractos, en las ciencias puramente intelectuales, se quedaron muy atrás de sus vecinos los tezcucanos, cuyos sabios soberanos no aceptaron los abominables ritos de los aztecas, y nunca los celebraron sino en una escala mucho mas reducida.²

¹ Ixtlilxochitl, Hist. Chich., M. S., cap. 45, et alibi.

² No cabe duda en que este carácter feroz engendrado por sus ritos sanguinarios, les facilitó mucho sus conquistas. Maquiavelo atribuye en parte á esto mismo los triunfos de los romanos. (Discurso sobre Tito Livio, lib. 2, cap. 2.) El mismo capítulo contiene

La Providencia ordenó sabiamente que la tierra fuese ocupada por otra raza que desarraigase la superstición, que cundía todos los días á medida que el imperio se dilataba. Las degradantes costumbres de los aztecas son la mejor apología de la conquista. Los conquistadores trajeron, es verdad, la inquisición; pero también trajeron el cristianismo cuya luz benigna debía durar despues de extinguidas las fúnebres hogueras del fanatismo, y que debía disipar las horrorosas tinieblas en que por tanto tiempo estuvieron envueltas aquellas hermosas regiones.

La autoridad mas importante sobre las materias que abraza este capítulo, y aun pudiera decirse que sobre todas las concernientes á la religion azteca, es Bernardino de Sahagún, religioso de la observancia de San Francisco, y contemporáneo de la conquista. Su obra grande, la Historia Universal de Nueva-España, ha sido hace poco impresa por la primera vez. Las circunstancias que acompañaron á su compila-

algunas reflexiones ingeniosas, mas ingeniosas que exactas, acerca de los efectos contrarios del cristianismo.

cion y la suerte que la obra corrió, son uno de los pasajes mas curiosos de la historia de la literatura.

Sahagun nació en un lugar del mismo nombre, en España. Fué educado en Salamanca, y despues de tomar el hábito de San Francisco, vino á México en calidad de misionero hácia el año de 1529. Bien pronto se hizo notable por su celo ardiente, por la pureza de sus costumbres y por su infatigable empeño por difundir entre los indios las verdades de la religion cristiana. Fué varias veces guardian de algunos conventos, y despues que dejó estos cargos, se consagró afanosamente á la predicacion, y á trabajar algunas obras, cuyo objeto era dar luz acerca de las antigüedades aztecas, sirviéndole mucho á este propósito el cargo de *lector* que continuó desempeñando en el colegio de Santa Cruz, en la capital.

La manera con que formó la "Historia Universal" es muy singular. Con el objeto de procurar la mayor autenticidad posible, vivió algunos años en la ciudad de Tezcucó, conversando diariamente con varios indios principales que poseian el castellano; proponíales cuestiones que ellos resolvian á su manera acostumbrada, por medio de geroglíficos: estos los presentaba á otros indios educados á su vista en el colegio de la Cruz, los cuales despues de discutir entre sí el sentido de los geroglíficos, los traducian y escribian en lengua mexicana. Esto mismo se repetia con otros indios de otro barrio de la capital; y el resultado de

ambas consultas la sometia á la revision de una tercera corporacion, residente en otro barrio distinto de los anteriores. El fruto de estas indagaciones lo reunió y ordenó en la forma de historia, tal cual se ha publicado: el original fué escrito en lengua mexicana, que Sahagun hablaba y escribia con mas propiedad y elegancia que ningun otro español de su tiempo.

La obra ofrecia un conjunto de hechos curiosos, que llamó la atencion de sus hermanos; pero temieron que excitase en los naturales un recuerdo demasiado vivo de aquellas supersticiones que tanto interes tenian en desarraigar. Sahagun tenia un espíritu mas ilustrado que el resto de sus hermanos, quienes llevados de su ciego celo por la religion, habrian aniquilado de buena gana todos los monumentos que el arte y el ingenio humano habian producido antes de la conquista: se rehusaron, pues, á ayudarle á trascribir aquellos manuscritos que le habian costado tantos años de trabajo, y se negaron á imprimirlos, alegando por pretexto que no tenia el convento para sufragar los gastos, lo cual ocasionó el retardo de su publicacion durante algunos años; pero lo peor fué que el provincial se apoderó de los manuscritos, los cuales fueron bien pronto esparcidos por los diferentes conventos del reino.

En tal estado de cosas, hizo Sahagun una breve relacion de la naturaleza y contenido de la obra, y la mandó á Madrid, donde llegó á manos de D. Juan

Ovando, presidente del consejo de Indias, quien se interesó tanto en la obra, que ordenó se devolviesen al autor sus manuscritos, y á este se le encomendó que los tradujese al punto en castellano. Todo fué hecho como se habia mandado: los manuscritos volvieron al poder del autor, aunque no sin grandes amenazas de censuras eclesiásticas, y el anciano octogenario comenzó á trabajar en verter del mexicano al castellano su obra escrita hacia treinta años en el primero de estos idiomas. Tuvo la satisfaccion de completar su tarea, disponiendo la traduccion en una columna vertical paralela á la original, añadiendo un vocabulario donde se explicaban las palabras y frases aztecas de difícil inteligencia, y explanando y corroborando el texto con las numerosas pinturas en que se fundaba. En esta forma y en dos volúmenes en folio, se remitió la obra á Madrid. Una vez reconocida su importancia, parece que no habia ya ninguna dificultad para su publicacion; pero desde este momento ya no se volvió á hablar de ella durante dos siglos, si no es como una obra importante que habia existido en otro tiempo, y que probablemente habia sido sepultada en uno de tantos cementerios literarios de que abunda España.

Al fin hácia fines del siglo pasado consiguió el infatigable Muñoz desenterrarla del lugar en que por tradicion se suponía que estaba, de la librería del convento de Tolosa en Navarra, al extremo septen-

trional de la Península. Con el ardor que le era genial, la copió de mano propia, y la destinó á esa magnífica coleccion, cuyos frutos no pudo desgraciadamente recoger él mismo. De esta copia obtuvo lord Kingsborough la que publicó el año de 1830, en el sexto volumen de su soberbia compilacion. Allí expresa el autor la gran satisfaccion que le cabe de ser el primero que da á luz la obra de Sahagun; pero en esto se equivocaba, porque precisamente el año anterior apareció en México, en 3 ts. 8vo., con notas del editor D. Carlos María Bustamante, literato á cuya actividad bibliográfica debe estar muy reconocido este país, y quien habia conseguido tambien un manuscrito de Muñoz. Vemos, pues, que á esta obra se negaron los honores de la prensa durante la vida del autor; cayó luego en el olvido, y salió de él á la distancia de casi tres siglos, y no en su propio país, sino en dos tierras igualmente distintas de éste, y ¡cosa rara! casi simultáneamente. La tal historia es extraordinaria, aunque desgraciadamente no tan extraordinaria en España, como lo seria en cualquier otro país.

Sahagun dividió su obra en doce libros; los once primeros destinados á las instituciones sociales de los aztecas, y el último á la conquista. Ocupa la parte mas principal la religion, pues que evidentemente el objeto de la obra es dar una idea cabal de la mitología y de las complicadas ceremonias religio-

sas de aquel pueblo; pero la religion se halla tan íntimamente enlazada con sus demas instituciones, que el libro de Sahagun debe ser un texto indispensable para todo aquel que estudie las antigüedades de México. Torquemada se sirvió para enriquecer las páginas de su obra, de una copia del manuscrito de Sahagun, que llegó á sus manos antes de que fuera remitido á España; circunstancia que ha sido mas favorable á los lectores de Torquemada que á la reputacion de Sahagun, cuya obra, cual se ha publicado, no ha ofrecido ya toda la novedad é interes que si hubiese sido completamente desconocida. Bajo un aspecto no tiene rival, por su coleccion de las oraciones que los aztecas usaban en todas sus ceremonias: á veces se encuentra en sentido elevado y en lenguaje digno, lo cual prueba que las mas sublimes ideas de moral son compatibles con las mas degradantes prácticas de la supersticion. Es muy de sentir que no nos hayan llegado los diez y ocho himnos que reunió el autor en su libro, porque ello serian una muestra de la poesía religiosa de los aztecas: se han perdido igualmente los gerglíficos que acompañaban el texto. Si es que ambas cosas han escapado de manos del fanatismo, quizá reaparecerán el dia menos pensado.

Sahagun escribió algunas otras obras religiosas y filológicas, algunas de ellas muy voluminosas, pero ninguna ha sido impresa: llegó á una edad muy

avanzada, y terminó su laboriosa y útil vida en México, en 1590. Sus despojos mortales fueron conducidos á la tumba por una multitud no solo de compatriotas, sino de indios, que lloraban en su muerte la pérdida de un hombre verdaderamente piadoso, benévolo y sabio.